



ADMINISTRACION

Santa Isabel, 39, 2.ª derecha.

## PERIÓDICO CRISTIANO

NUEVAS CONDICIONES

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes.

AÑO VI

FUNDADOR D. ANTONIO CARRASCO

NÚM. 150

### SUMARIO

La Luz.—La justicia de Dios.—Movimiento religioso en Escocia.  
—Remedios.—Noticias.

## LA LUZ.

MADRID 1.º DE JUNIO DE 1874.

Uno de los ministerios de Jesús fué el de profeta. Al llegar Juan á la mitad del cap. XII de su Evangelio, da ya por terminada la misión de profeta del Salvador y dirige una ojeada sobre los frutos que aquella misión ha producido. ¿Son grandes estos frutos? Si se los considera bajo el punto de vista de los numerosos que son los nuevos creyentes, no han sido grandes los de la tarea de Jesús. Los milagros hubieran debido convencer á los que los presenciaron y debieron patentizarles que el que los hacía era el verdadero Hijo de Dios. Sin embargo, la gran masa del pueblo judío no escucha la palabra del buen Maestro y permanece en su incredulidad. ¿Cómo explicar esta incredulidad de los judíos? ¿Prueba algo contra la divinidad de Jesucristo? No en verdad, y Juan mismo patentiza esto, diciendo que ya estaba predicha en el Antiguo Testamento. Por lo demás, los obstáculos que había de encontrar el establecimiento del reino de Dios estaban ya previstos, y entraban perfectamente en el plan divino. San Juan dice: «Para que se cumpliera el dicho que dijo el profeta Isaías: Señor, quién ha creído á nuestro dicho? ¿Y el brazo del Señor á quién es revelado?» Por esto no podían creer, porque otra vez dijo Isaías: «Cegó los ojos de ellos y enmudeció su corazón: Porque no vean con los ojos, y entiendan de corazón y se conviertan y yo los sane.» Crisóstomo, hablando de este asunto, dice: «Este pasaje no quiere significar que la predicción del santo profeta fuese como la causa de esta asombrosa incredulidad de los judíos, sino que quiere darnos á conocer solamente que lo que podía parecer sorprendente no debía, sin embargo, ser considerado como increíble, puesto que el Señor había predicho desde largo tiempo antes por su profeta lo que entonces se veía.» En este pasaje del Antiguo Testamento, Isaías se queja de la incredulidad con que su mensaje era recibido; fenómeno frecuente en todas las épocas en que la verdad es siempre acogida con menosprecio, con desden, y zaheridos los que la propalan con toda clase de burlas y sarcasmos. Los que creen en el poder del brazo del Señor, en la verdad que de él emana y en los augustos misterios de su doctrina, son siempre pocos, muy pocos. Después de

haber el evangelista Juan mostrado esta incredulidad, explica la causa de ella y esta causa no es otra que Dios mismo ha endurecido sus corazones. ¿Y cómo se explica esto? ¿Se ocupa Dios en endurecer el corazón de sus hijos para que estos no acepten la verdad divina? No. Lo que hace Dios es derramar su gracia sobre aquellos corazones que están dispuestos á recibirle y endurecer los de aquellos que le rechazan. «¿Falta, dice un distinguido comentarista, la receptividad de los dones de Dios? Pues el endurecimiento aumenta en proporción. No se rehusa aceptar la luz sino hundiéndose con más profundidad cada vez en las tinieblas, y la manera que tiene Dios de endurecer á los hombres es permitir, respetando su libertad moral, que se desenvuelva lo que hay en el fondo de su corazón, y á más, la causa de este hecho no puede ser de ningún modo buscada en Él, sino exclusivamente en el uso que hacen los hombres de la luz que sobre ellos se vierte á torrentes.» Quesnel dice á este propósito: «Es un juicio terrible, pero justo y adorable, cuando Dios, en castigo de los pecados anteriores, abandona al pecador á su infidelidad y á la dureza de su voluntad corrompida.»

Pero, por otra parte, la incredulidad de los judíos nada prueba contra la validez de la misión de Jesucristo. Sin embargo, á pesar de que en todos tiempos son los más los que rechazan la luz y los que se niegan á acoger las doctrinas de la salvación, «con todo eso aun de los príncipes muchos creyeron en él.» Entre los miembros del sanhedrin, constantes enemigos de Jesús, hubo, sin embargo, algunas conversiones. Claro está que para aquellos hombres las dificultades habían de ser más grandes que para otros cualesquiera del pueblo, que se confundían y metían en él, reservándose su misma oscuridad de que las gentes fijasen en ellos sus miradas, una vez convertidos. Los miembros del sanhedrin no se encontraban en este caso. Sabios, doctos, ocupando los primeros puestos, acaparando las primeras dignidades de la nación, la conversión de uno de ellos atraía las miradas públicas y el convertido empezaba á ser tratado con menosprecio por parte de todos los demás que perseveraban en la vieja ley. Claro está que la fe de estos que se convertían y que no se atrevían á confesarlo, por causa de los fariseos y por no ser echados de la sinagoga, debía ser muy débil, porque á haber sido más enérgica y fuerte, hubiera arrastrado toda clase de obstáculos y no se hubiera parado en ningún género de consideraciones. Los creyentes de entre los miembros del sanhedrin preferían la gloria

que proviene de los hombres, la que dispensa la opinión pública, á la que emana directamente de Dios. Para conservar lo que da Dios tan sólo es preciso abandonar muchas veces lo que dan los hombres.

De estos pasajes del evangelista Juan, entre otras, podemos deducir dos lecciones que se destacan claramente del texto evangélico. La primera es que Dios da sus gracias tanto más abundantemente cuanto más se las pedimos y que más se aleja de nosotros cuanto nosotros más nos alejamos de él, y la segunda es que para obrar activamente en las cosas del espíritu, es preciso no tener en cuenta lo que los hombres digan de nosotros, y si solo el agrado con que Dios nos acoge. ¿Nuestros corazones están endurecidos? Pues Dios se apartará de nosotros. ¿Se dirigen á él frecuentemente? Pues él escuchará nuestras oraciones y nos dispensará su gracia con más abundancia todavía. ¿Nos importa más lo que los hombres digan de nosotros que lo que diga Dios? Pues aunque el mundo nos acoja, Él nos abandonará y seremos eternamente perdidos. No olvidemos estas lecciones del evangelista Juan y marcharemos constantemente por el camino de la perfección cristiana.

## LA JUSTICIA DE DIOS

No tratamos de hablar aquí de la justicia de Dios precisamente como una de sus perfecciones, sino en el sentido concreto en que el Apóstol Pablo habla de ella en el siguiente texto de la carta á los romanos, capítulo III, 21 y 22: «Mas ahora, sin la ley, la justicia de Dios se ha manifestado testificada por la ley y por los profetas. La justicia, digo, de Dios por la fe de Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en Él, porque no hay diferencia.»—En absoluto la justicia de Dios se halla en todas sus obras, porque Dios es siempre justo lo mismo cuando crea los seres y los conserva por su Providencia, como cuando salva á los hombres. —Aquí hablamos de la justicia de Dios en el orden de la salvación.

### I.

¿Qué es la justicia de Dios? Es la conformidad perfecta con la ley de Dios. La justicia significa rectitud; llamamos justo á un hombre recto; apartarse de la rectitud es faltar á la justicia.

Pero la rectitud supone conformidad á una regla; una línea será recta cuando esté conforme con la regla que la ha trazado; un edificio estará perfectamente recto, cuando esté conforme con el plano, que representa la idea de su construcción; y un hombre será moralmente recto, cuando esté conforme con la regla de la moral.

Esta conformidad resulta del perfecto cumplimiento



de toda la ley, ó sea de la satisfaccion de todas sus demandas: si alguna demanda queda sin satisfacer, la ley no se cumple y no existe la perfecta conformidad.

Dos son las demandas de la ley.

Primera: una obediencia perfecta á todo lo que la ley manda.—«Mandónos Jehová que ejecutásemos todos estos estatutos....» (Deuter. VI, 24.)—«Amarás, pues, á Jehová tu Dios y guardarás su ordenanza y sus estatutos y sus derechos y sus mandamientos todos los días.» (Id. XI, 1.)—«Cuidareis de hacer todo lo que yo os mando: no añadiréis a ello, ni quitaréis de ello.» (Id. XII, 32.)—Véanse tambien los siguientes pasajes del Antiguo Testamento: Deuter. XVII, 11 y 19; XXIX, 29; XXXI, 12; Josué, I, 7; 2.<sup>a</sup> Crónicas, XXXIII, 8; Salmo CIX, 4.—Leemos en el Evangelio de San Mateo, V, 18: «Porque de cierto os digo, que hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota, ni un tilde perecerá de la ley, que todas las cosas no sean hechas,» y en San Lucas XVI, 17: «Empero más fácil cosa es perecer el cielo y la tierra que perderse una tilde de la ley.»

Dios, legislador sapientísimo, ha dado su ley para que sea cumplida y además tiene derecho como creador y dueño absoluto de todo, á exigir una obediencia perfecta á todo lo que él manda.

Segunda: No satisfecha la demanda de obediencia, la ley exige *pena* contra el transgresor.—«El día que de él comieres, morirás.» (Gén., II, 17.)—«Porque todos los que son de las obras de la ley, debajo de maldición están. Porque escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley, para hacerlas.» (Gál., III, 10.)—Las Santas Escrituras están llenas de pasajes semejantes y de multitud de hechos que prueban esta verdad. Nos contentaremos con citar los siguientes: Deuteronomio, XXVII, 15-26; id., XXVIII, 15-20; Jer., XI, 3; Mateo, XIII, 40-42; Luc., XIII, 27 y 28; Rom., II, 8 y 9; Hebr., X, 26-31.

La *pena* es una consecuencia necesaria de la transgresion de la ley, cuando la ley se ha dado para que se cumpla, y el legislador tiene derecho y voluntad para exigir su cumplimiento.

Pero la *pena* de la transgresion de la ley de Dios es *muerte eterna*: «Las pagas del pecado es muerte.» (Romanos, VI, 23 y todos los textos arriba citados, especialmente Gén., II, 17.)

## II.

El hombre tiene el deber de ser justo, porque tiene el deber de conformarse en todo con la ley de Dios. «Porque yo soy Jehová vuestro Dios, vosotros por tanto os santificareis y sereis santos, porque yo soy santo.» (Levítico, XI, 44, 45.)—«Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre, que está en los cielos, es perfecto.» (Mat., V, 48.)—Esta perfeccion y esta santidad mandadas por Dios consisten en el perfecto cumplimiento de la ley.

Ahora preguntamos: Primero, ¿puede el hombre cumplir toda la ley? La respuesta es terminante en estos pasajes del Apóstol Pablo. «Mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu, y que me lleva cautivo á la ley del pecado, que está en mis miembros.» (Rom., VII, 23.)—«Por cuanto la prudencia de la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta á la ley de Dios, ni tampoco puede.» (Id., VIII, 7.)—«Como está escrito: Que no hay justo, ni á una boca.... para que toda boca se tape y que todo el mundo se sujete á Dios.» (Id., III, 10-19.)—Véanse tambien á este propósito, Job, XIV, 4; XV, 14; Salmo LI, 5; Prov., XX, 9; Jer., XIII, 23; Sant., III, 2; 1.<sup>a</sup> Juan, I, 8, 10.

Luego ningún hombre ha cumplido la ley, ni tampoco ha podido.

Segundo: ¿Puede el hombre por sí mismo satisfacer la *pena* de la ley? Tambien la Palabra de Dios nos declara que esto es imposible. «Por lo cual teme que en su ira no te quite con golpe, el cual no puedas apartar con gran rescate.» (Job, XXXVI, 18.)—«Los que confían en sus haciendas y en la muchedumbre de sus riquezas se jactan, ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar á Dios su rescate; porque la redencion de su vida es de gran precio y no se hará jamás.» (Salmo XLIX, 7-9.)

Tercero: ¿Puede el hombre ser justificado por las obras de la ley? De ninguna manera, y en este punto son tan terminantes como numerosos los textos de la Escritura, que prueban la imposibilidad de que el hombre sea justificado por la ley. Citaremos entre otros los siguientes: «Que por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de Él.» (Roma-

nos, III, 20.)—«Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fé de Jesucristo, nosotros tambien hemos creído en Jesucristo, para que fuésemos justificados por la fé de Cristo, y no por las obras de la ley: por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada.» (Gál., II, 16.)—«Mas por cuanto por la ley ninguno se justifica acerca de Dios, queda manifesto que el justo por la fé vive.» (Id., III, 11.)—«Porque por gracia sois salvos por la fé: y esto no de vosotros, que don de Dios es: no por obras, para que nadie se glorie.» (Efes., II, 8, 9.)

¿Para qué, pues, sirve la ley? Para hacernos conocer el pecado. «Porque por la ley es el conocimiento del pecado,» añade Pablo despues de las palabras citadas de la carta á los Romanos, cap. III, 20. «Porque hasta la ley el pecado estaba en el mundo: mas el pecado no era imputado, no habiendo ley.» (Id., V, 13.)—¿Qué, pues, diremos? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. «Empero yo no conocí el pecado, sino por la ley.» (Id., VII, 7.)—«¿Luego lo que es bueno, á mí me es hecho muerte? No, sino el pecado, que para mostrarse pecado por lo bueno, me obró la muerte, haciéndose pecado sobremanera pecante por el mandamiento.» (Id., VII, 13.)

## III.

El Apóstol Pablo reprende duramente á los judíos, «porque ignorando la *justicia de Dios* y procurando establecer la suya, no son sujetos á la *justicia de Dios*» (Romanos, X, 3.)—La *justicia* hemos dicho que es el cumplimiento perfecto de las demandas de la ley, y como esto es imposible para el hombre, resulta que él no puede tener *justicia propia*. De aquí es que aquellos que establecen su propia *justicia* y por ella pretenden ser justos, como el fariseo del cap. XVIII de San Lucas, desechan la única *justicia verdadera*, la *justicia de Dios*. Y en general todos los que pretenden justificarse por medio de sus propias obras que llaman obras buenas, nunca serán justificados, porque no aceptan la única *justicia*, que puede justificar, la *justicia de Dios*.

Esta *justicia* se ha manifestado en la persona divina de Jesus, testificada por la ley y por los profetas. Jesucristo es el único que ha cumplido perfectamente las demandas de la ley.

Cuando Juan Bautista se resistía á bautizar á Jesus, éste le respondió: «Deja ahora: porque así nos conviene cumplir toda *justicia*» (Mat. III, 15.) El mismo nos dice en otra ocasion: «No penseis que he venido para desatar la ley y los Profetas: no he venido para desatarla, mas para cumplirla.» (Id., V, 17.) En la última plática que tuvo con sus discípulos la víspera de su muerte, les dice estas terminantes palabras: «Si guardareis mis mandamientos, estareis en mí amor; como yo tambien he guardado los mandamientos de mi Padre y estoy en su amor.» (Juan XV, 10.)—Véanse tambien los siguientes pasajes: Salmo XL, 8; Isai., XLII, 21; Luc., II, 21, 24, 39; Juan, IV, 34; Rom. V, 19; Galat., IV, 4; Hebr., X, 9.—Citaremos, por último, el siguiente pasaje de San Pablo, que resume todos los demás. «Hallado como hombre en la condicion, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz.» (Filip., II, 8.)

Respecto á la segunda demanda de la ley, es indudable que Jesucristo satisfizo plenamente y ofreció una expiacion perfecta por toda la pena del pecado. No necesitamos aglomerar citas sobre citas, para probar esta verdad. Solo nos contentaremos con las dos siguientes: «Porque tal Pontífice nos convenia tener, santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos: que no tuviese necesidad cada día, como los otros sacerdotes, de ofrecer primero sacrificio por sus pecados, y luego por los del pueblo; porque esto hizo una vez ofreciéndose á sí mismo.» (Hebr., VII, 26, 27.)—«Sabiendo que habeis sido rescatados de vuestra vana conversacion, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro ó plata, mas con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminacion.» (1.<sup>a</sup> Pedro, I, 18, 19.)

Pero Jesucristo fué obediente á la ley y satisfizo toda la pena, no por sí, porque Él no lo necesitaba, sino por nosotros, como nuestro Sustituto. En este sentido hablan todos los textos que se refieren á la redencion por Jesucristo y que se resumen en este: «El cual se dió á sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este presente siglo malo, conforme á la voluntad de nuestro Dios y Padre.» (Galat. I, 4.)

## IV.

«Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros,

para que nosotros fuésemos hechos *justicia de Dios* en Él.» (2.<sup>a</sup> Corint. V, 21.)—Él, tomando sobre sí nuestros pecados, sin ser pecador, atrajo sobre sí la maldicion de la ley, «hecho por nosotros maldicion,» (Galat. III, 13), para que haciendo nosotros nuestra su *justicia*, seamos benditos en Él y por Él.

Él, maldito por nuestros pecados; nosotros benditos por su *justicia*. He aquí la redencion, hé aquí la *justicia de Dios*.

Pero ¿cómo hacemos nuestra la *justicia de Cristo*? Por la fé: «La *justicia*, digo de Dios por la fé de Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en Él.» (Rom. III, 22.)

En algunos ejemplares de la Biblia española traducida por Valera é impresa por la Sociedad Bíblica se han omitido en este último texto las palabras «y sobre todos.» Creemos que esta omision es injustificada, porque además de no hallarse en las ediciones antiguas y algunas extranjeras que hemos consultado, esas palabras espresan una idea muy digna de tenerse en cuenta. Así como nuestro pecado fué *sobre* Cristo y le cubrió con un manto de maldicion, así su *justicia* está *sobre* los que creen en Él, como un manto de bendicion.

«JUSTIFICADOS POR LA FÉ, PAZ TENEMOS PARA CON DIOS POR EL SEÑOR NUESTRO JESUCRISTO.» (Rom. V, 1.)

M. ALONSO.

## MOVIMIENTO RELIGIOSO EN ESCOCIA

En cuanto al movimiento religioso en Escocia, referido en varios púlpitos de Madrid por el Reverendo A. N. Somerville, observarian los que le oyeron que el carácter distintivo de esta obra de gracia se señalaba por una profunda ansiedad acerca de las cosas eternas, es decir, la salvacion del alma. Y esta ansiedad se mostraba en el hecho de asistir mucha gente por tanto tiempo y con tal regularidad en los medios de la gracia, no para oír algo de nuevo, sino el Evangelio que conocen de antiguo, y tales su influencia en esta ocasion, que las ciudades más grandes en aquel país nunca han sido movidas por teatros ú óperas ó cualquier otro juego como lo son por medio de la simple predicacion de la buena nueva de Dios. A veces hay tres reuniones durante el día tenidas en las iglesias y en otras salas capaces de contener 3.000 personas, y una especialmente que caben más de 5.000. Muchas veces estos lugares están llenos antes de la hora del culto, de modo que los que asisten á la hora en punto, ó tienen que volverse á casa, ó estar en pie fuera de la puerta. Despues del culto, se permite á todos los que tienen deseos de hablar con los Pastores y Evangelistas y Ancianos sobre el asunto de la salvacion personal; que á veces no hay menos de 500 que se quedan mientras que salen los otros, con el objeto de instruirse más acerca de Jesus y del modo de recibirle como su Salvador. Y despues que el pecador ha encontrado el perdón y la paz por medio de la fé en Jesus, el gozo que hace resplandecer su semblante no es menos maravilloso que la angustia que experimentó antes. «Al cual, no habiendo visto, le amais; en el cual creyendo, aunque al presente no lo veais, os alegráis con gozo inefable y glorificado.» (San Pedro, I, 8.) Debe decirse además con respecto á la concurrencia que asiste á oír la Palabra de Dios, que el que está encargado de la reunion tiene que decir á veces á la gente que no venga á la reunion inmediata á fin de que otros tengan ocasion de asistir.

Y mientras que esta obra de gracia ha sido muy general en todas las clases de la sociedad, debe notarse que ha tenido lugar de una manera especial entre los jóvenes. Habia ocho días de oracion en el mes de Marzo en las islas británicas á favor de su juventud, en que los parientes y otros interesados tomaban parte, y sin duda, Él, que oye la oracion, respondia á sus siervos copiosamente. La ansiedad de muchos jóvenes ha sido como la de los que en el día de Pentecostés fueron compungidos de corazon, y dijeron á Pedro, y á los otros Apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? En la ciudad de Glasgow los jóvenes se han acercado á sus Pastores por la calle preguntándoles: «¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?» En una ocasion, varios jóvenes se pusieron de pie, uno tras otro, en una reunion donde habia 3.000 jóvenes, y



dijeron: «Orad por mí; orad por mí; orad por mí.» Y cuando estos jóvenes vienen á tener un convencimiento de la verdad como está en Jesus, se esfuerzan á traer otros á Cristo, como Andrés, que dijo á Pedro su hermano: «Hemos hallado al Mesías (que declarado es el Cristo), y le trajo á Jesus.» (S. Juan, I, 41, 42.)

Además, la bendición ha sido derramada sobre las jóvenes y otras de mayor edad. Había una reunion de 800 mujeres sin un solo hombre; y ahora tambien hay cada semana reuniones de mujeres solas, que en tales ocasiones toman la palabra dirigida por una de su propio sexo, y las que se quedan despues de la reunion para conferenciar sobre el asunto de la salvacion personal llegan por lo general á unas 40 ó 50. En cierta ocasion tres hermanas se encontraron la una á la otra en una de las reuniones sobredichas sin saber que ó la una ó la otra iba á asistir allí, y lo que es mejor, cada una de ellas encontró á Jesus y fué hecha feliz en Él. ¡Cuán dichosa debe ser aquella familia donde hay tres hermanas que conocen y aman y sirven á Jesus!

Tampoco ha faltado la bendición á los muchachos de doce ó catorce años. Muchos de ellos han venido á conocer á Jesus como lo suyo. Hay reuniones para ellos tambien cada semana en la capilla del Sr. Somerville; á veces hay más de 50 que se quedan despues de la reunion deseando buscar á Jesus é instruirse en su doctrina.

Este movimiento religioso ha seguido así hace seis meses, y nos alegramos de saber que desde el 20 de Abril, fecha de la salida del Sr. Somerville de Glasgow, la obra va aumentando.

No sabemos cuál será el resultado último de esta gran obra; pero de todo lo que sabemos no podemos ménos de decir que es de Dios. Alor tales nuevas, ¿no debemos alentarnos para orar á Dios hasta que derrame sobre nosotros su Espíritu, en tal manera como en Escocia é Inglaterra? Nos alegramos que haya una reunion diaria establecida en Madrid para este mismo propósito. ¿No podrían los cristianos, en otros puntos de España, seguir el ejemplo de los de la capital? La promesa es: «Pedid y se os dará; buscad y hallareis; llamad y se os abrirá.» (S. Mateo, VII, 7.)

## REMITIDOS

Hemos recibido para su insercion la comunicacion siguiente:

*«Iglesia Cristiana Española.—Comision permanente.—* Muy señor nuestro y hermano en Jesucristo: Siendo siempre necesarios y esenciales al cristianismo el recíproco amor y el mútuo auxilio entre todos sus individuos, este amor y este auxilio son reclamados, si

cabe, con más urgencia, cuando se trata de no privar á un gran número de hermanos del alimento espiritual de la Palabra y de los Sacramentos.

Por causas que no deben aducirse aquí, la iglesia de Córdoba ha quedado abandonada desde el 1.º de Febrero último por el comité que la sostenia. Dicha iglesia al verse falta de los recursos materiales, no tubo en su fé y amor al Evangelio, y sus miembros, aunque pobres, han proporcionado desde entonces lo indispensable para el sustento del Pastor, pago de locales para capilla y escuelas y demás gastos de la obra. Pero las fuerzas de aquellos hermanos se hallan agotadas, ó poco ménos, al cabo de tres meses, y es preciso que acudamos en su ayuda, máxime cuando ellos han dado ya ántes el ejemplo de desprendimiento y abnegacion.

La Asamblea de la Iglesia Cristiana Española ha considerado este asunto y ha acordado que la Comision permanente dé los pasos necesarios para lograr que algun Comité se encargue del sosten de aquella iglesia; y que mientras se resuelve esta dificultad, se invite á todas las congregaciones de España, aun aquellas que no pertenecen a nuestra union (con la esperanza de que ninguna se negará á dar una prueba de caridad cristiana), para que hagan dos colectas con el objeto de socorrer á la iglesia de Córdoba durante los dos meses de Mayo y Junio.

Estas colectas serán remitidas al Moderador, quien acusara recibo de cada una y las enviará á la iglesia necesitada, publicando al fin de los dos meses un estado de las cantidades recaudadas y enviadas á su destino.

Al dirigirnos á Vd. para que haga presente esta necesidad á la Congregacion que tiene á su cargo, le rogamus encarecidamente que mire con interés este asunto, y esperamos que no faltará el óbolo de esos fieles en ofrenda sagrada.

La gracia y paz del Señor Jesucristo sea con Vd. Sevilla (calle de Quintana, 25) dia 8 de Mayo de 1874. —El Moderador, Juan B. Cabrera.—El Secretario, Enrique R. Duncan.

Sr. D. Manrique Alonso.—Madrid.»

«Señor director del periódico LA LUZ:

Muy señor mio y de mi consideracion: En el último número de LA LUZ, correspondiente al dia 15 de Mayo, ha llamado nuestra atencion un suelto en que se dá cuenta del Presbiterio Sur de Madrid.

Parece que el señor redactor ignora lo últimamente tratado en la Asamblea de la Iglesia Cristiana Española. Los que suscriben, como miembros de ella, se creen en el deber de decir que han tomado parte en el acuerdo para la union de los dos Presbiterios de Madrid en uno solo, á consecuencia de una proposi-

cion firmada por todos sus miembros presentes, con escepcion del representante de la Madera Baja, que, segun él dijo, como aun no habia aceptado el cargo de Pastor de dicha congregacion, no se creia autorizado á tomar parte en esta deliberacion.

Y como quiera que esta proposicion fuera aprobada en primer lugar por la mayoría de la Asamblea, no existe más que un solo Presbiterio de Madrid.

Federico Flíedner, Pastor.—Félix Moreno Astray, Pastor de Camuñas.—Angel B. Fernández, Pastor.»

La única contestacion que tenemos que dar á estas líneas es la que nos suministra la carta que copiamos á continuacion, que nos remite D. Manrique Alonso, Pastor de la Madera Baja:

«Sr. D. Andrés Sanchez del Real.

Mi querido amigo: Si la abundancia de material no lo impide, desearé se inserte en el próximo número del periódico LA LUZ la siguiente comunicacion.

Suyo afectisimo amigo Q. B. S. M.—M. Alonso.

Madrid 29 de Mayo de 1874.

Con fecha 26 del corriente he recibido una comunicacion oficial del señor presidente del presbiterio del Norte de Madrid, invitándome á asistir á una reunion que se ha de celebrar el viernes 5 de Junio con el fin de constituir el nuevo presbiterio, en que, segun acuerdo, dice, de la última Asamblea, se han refundido los dos Presbiterios Norte y Sur, en que estaban divididas las iglesias de Madrid desde la Asamblea del año pasado.

Como en el último número de LA LUZ, correspondiente al 15 del actual, se insertó una noticia, redactada por mí, sobre la constitucion del Presbiterio Sur de Madrid, lo que supone una contradiccion con lo que se dice en la comunicacion á que hago referencia, y debiendo dejar sentada la verdad del suelto del periódico LA LUZ, cumple á mi deber manifestar:

1.º Que la Asamblea últimamente celebrada en Sevilla aprobó por mayoría de votos una proposicion presentada y firmada por el Sr. Orejon, representante de la iglesia de Cartagena; Sr. Astray, representante de la de Camuñas, y por mí, como representante de la Madera Baja, pidiendo á la Asamblea acordase que las iglesias que los firmantes representaban con las misiones de Alicante y Bellas-vistas continuasen formando el Presbiterio Sur de Madrid.

2.º Que aun cuando la votacion se protestó por algunos, el acuerdo quedó subsistente, pues la mayoría no volvió sobre él ni le anuló.

3.º Que en virtud del acuerdo precitado, los señores Orejon, Astray y yo nos reunimos al dia siguiente y constituimos nuestro Presbiterio, quedando nombrados Presidente el Sr. Orejon y Secretario el que suscribe. De esto puede ser testigo, entre otros, el señor

noso en donde el sombrío paso de la muerte introduce al alma fiel que cree en Jesus.

Podeis volver á vuestra morada para llorar el sér tan amado que habeis perdido, y para desconsolaros del sitio quedado vacío; pero la fé os recuerda tambien que ahora teneis un vínculo más que os atrae al cielo, que una nueva mano os espera allá para recibirlos, que un espíritu glorificado está allí contemplándoos con interés, fortificándoos en vuestra esperanza y animándoos para que no os hagais perezosos, mas imitador de aquellos que por la fé y la paciencia heredarán las promesas. (Hebreos, VI, 12).

## CAPÍTULO V

Desigualdades en las disposiciones á la piedad

Amenudo se ha hecho esta pregunta: ¿Cuál de los dos sexos tiene en resumidas cuentas más piedad? Si el aspecto de las asambleas religiosas ó el número más reducido aún de los comulgantes debiera servir de prueba, claro está que la cuestion se resolveria en favor de las mujeres, pues ellas están siempre en mayor número que los hombres. Tambien se vé más amenudo una joven consagrarse al Señor, mientras que su hermano es abiertamente un hombre mundano, que el caso contrario; y una esposa dá amenudo pruebas evidentes de vida espiritual, mientras que su marido es muerto aunque viva.

Yo no pretendo asignar causa á los hechos

Cristo. Ella se asegurará su afeccion procurando serle siempre agradable, y el marido, por su parte, no descuidará nada de lo que puede contribuir á su bien mútuo. Si la mujer nota que alguna nube oscurece la afeccion de su marido, examinará si no puede descubrir la causa de ello en ella misma; si el marido, por su parte, encuentra resistencia en su mujer, examinará á su vez si su propia voluntad no tiene la culpa de lo que sucede. Su dicha, así como su hogar, les es comun; lo que alegra al uno hace vibrar el corazon del otro; lo que hace derramar lágrimas al uno no puede mas que hacer correr las del otro. ¡De cuánta felicidad no deben gozar tales personas! ¡Cuántos socorros mútuos tienen que prestarse! Y considera, esposos cristianos, cuál debe ser vuestra influencia sobre vuestros hijos, vuestros criados, vuestra casa entera; cuán provechoso puede ser vuestro ejemplo para los demás; qué bendición podeis ser para quien os rodea, para la Iglesia, para el mismo mundo. Y cuando hayais llegado al término de la vida y que el uno de vosotros esté arrojado á la cabecera del otro, ¡con qué adoracion llena de gratitud no alabareis á vuestro Dios por las innumerables bendiciones en el



Cabrera, Moderador de la Asamblea. El acta de constitucion, que obra en mi poder, es del tenor siguiente:

«Presbiterio del Sur de Madrid.—Acta de su constitucion interina.—En Sevilla á primero de Mayo de mil ochocientos setenta y cuatro: Reunidos los señores D. Manrique Alonso, encargado accidentalmente de la iglesia de la Madera Baja de Madrid; D. Felipe Orejon, Pastor de la de Cartagena, y D. Félix Moreno Astray, Pastor de la de Camuñas, pertenecientes estas iglesias al Presbiterio Sur de Madrid, declararon constituido provisionalmente dicho Presbiterio, nombrando para el cargo de Presidente á D. Felipe Orejon y de Secretario á D. Manrique Alonso, y acordaron reunirse en Madrid para su constitucion definitiva en todo el presente mes de Mayo, cuyo día se avisará con la debida oportunidad.

«Y para que conste lo firmamos los señores arriba citados, fecha *ul supra*.»

Esta acta está firmada por mí y por el Sr. Astray, quien además firmó un ejemplar de la confesion de fe, con esta nota: «Esta confesion de fe pertenece al Presbiterio del Sur de Madrid y la firman á continuacion los representantes de sus iglesias.»

Estos son los hechos, cuya realidad nadie podrá negar.

Es verdad que la cuestion se inició por una proposicion firmada por algunos de los individuos presentes, pero tambien es verdad que dos de ellos, uno el señor Astray, retiraron sus firmas, dejando así desarmados á los que tanto empeño é interés tenian en sostener la union de los dos presbiterios. No digo más sobre este punto, porque me parece prudente no decir más.

Respecto á mi actitud en esta cuestion, ha sido bien clara y definida. Desde el momento que conocí la tendencia á la union de los dos Presbiterios, comprendí la trascendencia del asunto y me coloqué en la posicion que me pareció más prudente y racional. No me creí autorizado por la iglesia de la Madera para tomar parte en una cuestion que tan interesante era para ella: necesitaba instrucciones precisas ó cuando menos consultar su espíritu y su opinion, pues he creído siempre que un diputado en una Asamblea no representa su personalidad, sino la del cuerpo que le ha mandado, y por lo tanto debe ser solamente el eco de las opiniones y deseos de este. Por esto no quise tomar parte ni en pró ni en contra, reservando á la iglesia que representaba el derecho á ser consultada, y si me hubiera dejado llevar de mis sentimientos particulares, hubiera defendido la separacion de los Presbiterios como la defendió el Sr. Carrasco en la Asamblea de 1873, y bien sabía él por qué.

Hoy tengo la satisfaccion de haber visto que mi conducta ha sido aprobada y aplaudida por la Junta de Ancianos y Diáconos, y por la Congregacion en gene-

ral de la Madera, y mi conciencia está satisfecha y tranquila.

Por lo tanto, el suelto inserto en el número 149 de LA LUZ está muy en su lugar al dar cuenta de la constitucion del Presbiterio Sur de Madrid, acto arreglado y conforme con los acuerdos de las Asambleas de 1873 y 1874.—M. ALONSO.»

## NOTICIAS.

A última hora circulan graves rumores acerca de la salud del Papa. Las noticias recibidas el 29, de París, confirman lo que se anunció al principio de la enfermedad del Santo Padre. Es decir, que se halla en un estado de completísima postracion. Un último despacho, llegado anoche al ministerio de Estado, manifiesta que si bien el Papa habia experimentado algun alivio, tiene una ligera fiebre catarral.

Queremos creer estas noticias. Sin embargo, no ha faltado periódico extranjero que ha asegurado que el Papa habia muerto, y que para evitar conflictos y preparar soluciones, se habia ocultado cuidadosamente su fallecimiento por la corte del Vaticano.

La Igualdad, comentando esta noticia, añade:

«Nosotros no lo creemos extraño, si se atiende á que la política de Roma ha estado siempre basada en la intriga, la superchería y el misterio, procedimientos que nunca olvida el clero, si se trata de su conveniencia personal. Siempre esa gente engañando á los confiadlos y á los crédulos.»

Por nuestra parte, como no deseamos el mal y la muerte de nuestros enemigos, sino su conversion al Evangelio, si el Papa no ha muerto, rogamus á Dios que le dé larga vida y que abra los ojos á él y á su Iglesia para que sientan y prediquen la verdad, de la que están tan distantes, que predicó Jesucristo.

El Sr. Lorenzana, nombrado embajador español cerca del Vaticano, con motivo de los rumores que corren sobre la enfermedad del Papa, saldrá lo más pronto que le sea posible, con direccion á la ciudad eterna. En ella están los embajadores de todas las potencias, y si Pío IX muere tendrán lugar de nuevo las intrigas y las cábalas habidas siempre que se ha tratado de nombrar nuevo Papa.

El Ministerio que hoy nos preside es conservador, ó, para que se entienda mejor, reaccionario. En este sentido, y como han hecho siempre los gabinetes de igual procedencia, ha vuelto á reanudar relaciones con la corte de Roma, y todos los días el ministro de Estado, D. Augusto Ulloa, tiene conferencias de tres y cuatro horas con el nuncio de Su Santidad, monse-

ñor Bianchi. Se trata de restablecer el Concordato de 1851, roto por la Revolucion de Setiembre, y de consignar de nuevo en el presupuesto dotacion para el clero. Es decir, que lentamente se nos lleva al mismo camino en que estaban las cosas cuando resonó el grito salvador de aquella Revolucion. Ahora bien: uno de los artículos de aquel Concordato era que la única religion existente en España debia ser la católica. Si el Concordato de 1851 llega á restablecerse, ¿se restablecerá íntegro ó con las modificaciones introducidas por la Revolucion? Así lo creemos. Por más amigos del clero católico que sean los Ministros que dirigen los actuales destinos del país, no creemos que se atrevan á atentar contra la libertad religiosa.

Los periódicos ministeriales han asegurado que no se tocará al registro civil, y como el registro civil es una de las consecuencias de la libertad de conciencia, inducimos que esta no desaparecerá. Si este último llegara á suceder, España volveria á ser la vergüenza de las naciones.

Oremos á Dios para que no se cierren de nuevo las puertas de este país á la propagacion del Evangelio y él nos oirá y la palabra de vida podrá seguir siendo predicada en esta tierra clásica del catolicismo romano.

A última hora no hemos recibido, como creíamos, la relacion oficial de cuanto ha ocurrido en la Asamblea hecha por la direccion de ella. Sin duda las ocupaciones de esta se lo habrá impedido. Confiamos en que para el siguiente número la tendremos y podremos publicarla.

En la colecta verificada el 17 de Mayo en la iglesia de la Madera Baja se recolectaron 146 rs. para la de Córdoba, que han sido remitidos á su destino.

Ha llegado á Madrid, de regreso de su expedicion á Portugal, nuestro querido hermano Mr. Somerville.

## LA LUZ PERIÓDICO CRISTIANO NUEVAS CONDICIONES.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripcion es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias. Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripcion cuyo importe no se haya recibido en la Administracion.

MADRID.—1874

IMP. DE MANUEL G. HERNANDEZ  
San Miguel, 23, bajo

orden de la Providencia y en el de la gracia, con las cuales habrá llenado vuestra vida conyugal!

En cuanto á los mundanos, aun cuando su matrimonio haya sembrado algunas flores para ellos en el rudo sendero de la vida, no pueden mirar el porvenir sin cierto espanto. Cuando los latidos de sus corazones iran disminuyendo y que todo tomará fin para ellos, ¡cuáles no serán sus dolorosos recuerdos cuando echando una última mirada el uno sobre el otro, pensarán que despues de haber caminado tanto tiempo juntos, tienen que separarse para no volverse á ver jamás! Pero, ¿qué digo? No, tal no será su suerte, pues los maridos y las mujeres que hayan vivido extraños á la piedad deberán volverse á encontrar en el otro mundo.... pero, ¡ay de ellos! ¡Qué porvenir les espera allá!....

Esos mismos labios, que pronunciaron tan á menudo palabras de cariño, estarán entonces ardiendo de angustias ó pálidos de rabia, y derramarán las acusaciones más amargas sobre los compañeros terrestres que los condujeron en el camino del pecado y del alejamiento de Dios.... De todos los espectáculos malditos que llaman la atencion de los in-

fieles en el mundo de las retribuciones finales, ninguno será más insoportable que el del marido ó de la mujer cuyo amor era más tierno; pues ese mismo amor en el cual Dios no estaba para nada, fué uno de los lazos más peligrosos de su existencia terrestre, y su diaria influencia ha sido como una piedra de molino colgada de su cuello. (Mateo, XVIII, 6.)

Pero para los esposos cristianos, qué suavizado no está el golpe de la separacion. ¡Si sois de este número, mi querido lector, sabéis que la muerte no es más que un corto paso, la tumba un lugar de reposo pasajero. Mientras que la naturaleza se aflige en vos, vuestra fé traspasa el velo espeso y sigue en otro mundo el ser amado para el cual no os queda más que un triste deber que cumplir, el de depositar unos restos preciosos en la tumba. Podeis ser testigo de sus combates con el último enemigo, pero sabéis que son los últimos esfuerzos del alma rescatada, que pronto estará del todo libre, y para siempre reunida á Aquel que ocupaba el primer lugar en su corazón. Podeis considerar con calma la tumba abierta delante de vos y compartir los tristes deberes que hay que cumplir en ese momento solemne, puesto que la fé os enseña el lugar lumi-

que señalo; pero es indudable que la piedad parece ser más propia de las mujeres. Verdad es que el corazón de la mujer es más delicado, más sensible que el del hombre; entretanto, no nos engañemos, ese sentimiento no es la religion, y hay muchas mujeres dotadas de una sensibilidad sin igual, que viven sin embargo, en un estado de verdadera enemistad con Dios. La mujer no se ha librado del golpe de la santa ley de Dios la cual ha trasgresado ella la primera. El hombre y la mujer han sido cómplices en el mal, deben pues los dos y al mismo grado participar de la gracia que salva. Así, pues, lo repito, si bien parece que Dios escoje de preferencia sus hijos entre el sexo más dulce, entre ese sexo que tuvo el honor de ser representado el último cerca de la Cruz y el primero al sepulcro de Jesus, guardémosnos de atribuir esta distincion á una sensibilidad más desarrollada, á una vida más retirada ó á una mayor suma de padecimientos; antes bien recordémosnos que Dios del que quiere tiene misericordia (Rom., IX, 18), y que debemos someternos humildemente á la voluntad de ese Dios solo sabio (1.ª Tim., I, 17), diciéndole en toda ocasion: Así, Padre, pues que así agradó en tus ojos. (Mat. XI, 26.)